


A los niños de las Escuelas de Córdoba. - Obsequio del Excelentísimo Ayuntamiento de la Ciudad en el año en que se erigirá una estatua al compatriota ilustre. — 1929



JOSÉ M.<sup>3</sup> REY DIAZ



Los Grandes de Córdoba

(OPÚSCULO IV)

El Duque-Poeta



Tipografía Artística. - San Alvaro, 17

1929

LOS GRANDES

DE

— CÓRDOBA —



## EL DUQUE-POETA

MUCHACHO:

En esta privilegiada ciudad a la que tú perteneces  
hubo hace más de cien años un niño de raro mérito,  
cordobés como tú, cuya historia cautiva.

¿Quieres que te la cuente?

.....

Había nacido ese niño de familia muy noble y  
poderosa en una casa principal, inmediata al convento  
de las monjas de Santa Ana, y crecía fuerte, robusto,  
rodeado de halagos y comodidades, entre los mimos  
y caricias de dos tías suyas, hasta la edad que tú  
ahora tienes. Entonces ya daba pruebas de sus  
aptitudes singulares, ya se notaba que en su cerebro  
había encendido Dios luces de talento; pues que no  
sólo se aplicaba con entusiasmo al estudio sino que  
también daba inequívocas muestras del vivo ingenio de  
los artistas: dibujaba bien, y escribía versos sonoros.

Bien sabes lo que son versos y que sólo merece el nombre de poeta quien acierta a componerlos con elegancia suma, haciendo que la palabra suene armónicamente, como música, y exponiendo por medio del verbo brillante ideas elevadas y pensamientos nuevos. Paisano eres de célebres poetas de todos los tiempos: Lucano, Juan de Mena, Góngora, Céspedes... y, recuerdas que, componiendo versos, se puede alcanzar la fama y con la fama la gloria y la inmortalidad que éstos conquistaron.

De casta le venía, al niño de quien te hablamos, el gusto por la poesía y la natural disposición para inventarla. Su padre compuso poemas, y en su casa eran frecuentes las fiestas familiares en que, todos, hasta un viejo criado que con cierta facilidad versificaba, se deleitaban leyendo piezas escritas en lenguaje rimado.

Tal gusto mostraba el pequeñuelo, en ésto y en dibujar, que, si alguna vez, por las diabluras propias de su edad, se hacía merecedor de correcciones o castigos, sus padres o sus tías solían imponerle aquellos que más le contrariaban: recogerle lápices y papeles, privarle de la lección de pintura, o romperle los cuadernos en que guardaba escritos los primeros ensayos de sus versos sencillos.

El cordobés de precoz imaginación, cuya vida voy contándote, se llamaba *Angel de Saavedra*, y, andando el tiempo, fué *Duque de Rivas*.

De sobra conoces estos nombres. Sabes que en Córdoba hay un *teatro*, y unos *jardines* públicos que se señalan con el glorioso título «*del Duque de Rivas*», y también que una calle de las que conducen al barrio de la Catedral se llama hace largo tiempo por el nombre y apellido del personaje de que te hablamos;

que, en la casa de esa calle en que *Angel de Saavedra* nació, campea muy alta, una lápida, un mármol escrito, que proclama el suceso del nacimiento del Duque allí, honroso para tu ciudad y para España entera. Ello es la prueba de que los cordobeses no se descuidaron, en los sesenta y cuatro años que han mediado desde la muerte del compatriota famoso, sabiendo la obligación que les alcanzara de ensalzar la grata memoria de nuestro paisano. Pero aún se cree haberlo glorificado poco; y se apetece mayor y más solemne homenaje para el Duque de Rivas: poner su figura, su retrato hecho en bronce, en el lugar más bello y delicioso de Córdoba, lugar en donde también se van a ofrecer al público, se te van a ofrecer a tí, colecciones de los libros que el ilustre escribió. Y, es menester que tú estés preparado para ese momento; que te dispongas con tiempo a celebrar ese día, que va a ser de gran fiesta en tu pueblo, como lo fué aquel otro en que la figura guerrera del Gran Capitán quedó implantada en el centro de la calle que lleva su nombre; como la fecha en que la estatua de Osio se alzó en la plazuela de Capuchinas, o como el día en que se cumplieron tres siglos de la muerte de Góngora.

En tanto llega el acontecimiento que ya se prepara en honor del Duque de Rivas, ve preguntando a tus ilustrados Maestros detalles que ellos pueden contarte de la existencia de Don Angel de Saavedra. Como no están demasiado lejanas las fechas extremas de su vida — larga y aprovechada vida, en la que no hubo momento de sosiego —, ella se ofrece con pormenores bien claros en las Historias literarias y en las Historias políticas de España.

Y las crónicas nos cuentan, entre otras cosas, que

Don Angel se vió en los años de su primera infancia colmado de mercedes y de honores, otorgados por el Rey en pago de leales servicios de su padre. Nos enteran de que nuestro poeta fué educado por franceses; de que a los quince años servía ya en el ejército español; y de que en las luchas que siguieron a la epopeya del «Dos de Mayo» guerreó por la Independencia, distinguiéndose por acciones de raro valor, a cual más peligrosa y emocionante, tanto, que en una de ellas perdió el caballo y se vió forzado a defender su vida a pie y a sablazos, cayendo por fin con dos heridas en la cabeza, una estocada en el pecho y el cuerpo atravesado de un bote de lanza, quedando en el campo, entre los muertos, pisoteado por los que corrían a la desbandada. Si quieres oír contar al propio Saavedra esta aventura guerrera, lee el romance en que así lo relata:

«Con once heridas mortales,  
Hecha pedazos la espada,  
El caballo sin aliento,  
Y perdida la batalla,  
Manchado de sangre y polvo,  
En noche oscura y nublada,  
En Antigola vencido,  
Y deshecha mi esperanza,  
Caí en brazos de la muerte.  
El lazo potro agujaba  
Sobre cadáveres yertos,  
Y armaduras destrozadas».

.....  
.....

Pero, sigue averiguando:

Saavedra, a más de soldado, fué político. Le verás siempre entregado a la noble tarea de defender la Libertad, luchando por este ideal, aun a costa de grandes adversidades y desventuras. Ya ves, por sus ideas políticas fué, en una ocasión, sentenciado a muerte;

le quitaron sus bienes, y al fin, le obligaron a salir de España, le echaron del territorio nacional y le tuvieron alejado de la patria, a la fuerza, diez años y tres meses.

No por ello dejó, donde quiera que estuvo — y recorrió muchas tierras —, de escribir poesías, de dibujar, de pintar cuadros y de tratar con artistas y con poetas, entre quienes fué, siempre y en todas partes, estimado y atendido. De la pintura hizo algunas veces profesión para ganar el sustento de su familia; de sus bellas invenciones poéticas hizo gala siempre para pintarnos las fuertes conmociones de su alma, para buscar consuelo en sus tristezas o para reflejar sentidos recuerdos de su Córdoba querida. Mira, si no, cómo estando en Malta, lugar de su destierro durante cinco años, evocaba en sus versos a San Rafael, nuestro Custodio, diciendo:

\* . . . . .  
Jamás olvidaré, jamás... Tan solo  
Trocara tu esplendor, sin olvidarlo,  
Rey de la noche, y de tu excelsa cumbre,  
la benéfica llama  
Por la llama y los fúlgidos destellos,  
Que lanza, reflejando al sol naciente,  
El Arcángel dorado, que corona  
De Córdoba la torre.»

Vuelto a la patria, concluido su destierro, y, al adquirir, por muerte de su hermano mayor, el título de Duque de Rivas, le verás sentarse en el Parlamento, en el lugar donde las leyes se elaboran, y levantar su voz, siempre acogida con ruidosos aplausos y aclamaciones, para dar nuevas pruebas de su talento y de su elocuencia; y observarás que por entonces recaen en él, distinciones, altos cargos de la vida oficial,

honores, condecoraciones y preeminencias. Ministro de la Corona fué en aquella ocasión, por cierto que sin pretenderlo ni desearlo.

Y así, unas veces perseguido y otras agasajado; tan pronto emigrado en Portugal o escribiendo pacíficamente en Sevilla; ya nombrado Embajador de España en Nápoles y tratando con el Papa, o ya rehusando codiciados puestos políticos; ya alejado en Holanda o ya presidiendo aquí en España— aunque por brevísimo tiempo— el Consejo de Ministros, lo cierto es que su vida fué una larga cadena de sucesos favorables y adversos en los que siempre quedó patente una misma cosa: que el Duque ha sido uno de los cordobeses que más lustre han dado a su tierra, y que el Tiempo lo dejó sobrevivir al cabo de sesenta y tantos años de muerto, mas que por su título de nobleza y por su valentía de soldado; mas que por su labor como político y que por su desventura en el destierro, y mejor que por todo ello junto, por su imaginación viva, por su corazón sensible, por su exquisito gusto para escribir en lenguaje castellano, celebrando en composiciones magníficas, en armoniosos versos, hazañas de héroes, victorias de soldados españoles, virtudes de personajes, tradiciones interesantes; en una palabra: por su fama imperecedera de poeta.

*El Duque-Poeta*, como queremos que se llame— pues que no hubo otro Duque en España que se immortalizara con su verso—, *el Duque-Poeta*, que ha conseguido alargar su vida en sus libros, merece, muchacho cordobés, tu admiración, cual mereció la admiración de tus abuelos y de tus padres, y será admirado luego de tus hijos y de tus nietos.

Prepárate a leer con detenimiento algunas de sus

armoniosas poesías, repletas de ideas sublimes, a maravilla expuestas y desarrolladas. Busca sus *Romanes*. Mejor que en ningún otro libro, los hallarás sabiamente escogidos en un tomito que publicó otro paisano tuyo, eximio poeta: Marcos Rafael Blanco Belmonte. Por cierto que la suerte ha encadenado estos dos nombres en una ruta cordobesa muy expresiva porque conmemora cuatro poetas. Si desde la Compañía vas a la Catedral, puedes hacerlo por calles que se enlazan, enlazando al mismo tiempo el recuerdo de estas cuatro glorias cordobesas de la Poesía: *Juan de Mena*, *Angel de Saavedra*, *Blanco Belmonte* y *Céspedes*.

Pero, volvamos con el Duque de Rivas:

Acude al teatro, si alguna vez se ponen en escena las piezas dramáticas que él compuso. En Córdoba debiera representarse, siquiera la mejor entre todas ellas, cuando menos una vez al año.

Aunque no tienes edad ni competencia para analizar lo que significa la obra de tu ilustre paisano en la Historia de las Letras y de la Poesía española, debes preguntar y pedir explicación sobre ello a tus Maestros. Te dirán que hubo dos maneras distintas de escribir obras literarias en los tiempos del Duque: una, ajustándose a las reglas y preceptos consagrados por los clásicos (clasicismo), y que así escribía en su mocedad D. Angel de Saavedra. Y otra, prescindiendo de esas reglas y preceptos antiguos, buscando asuntos en las costumbres de la Edad Media y en hechos fantásticos y maravillosos (romanticismo), y que a esta nueva moda se aficionó el cordobés durante los años que vivió emigrado. También te han de decir, que el mejor romance produjo por su pluma, después de este cambio de rumbo, fué *El Moro Expósito*, especie de novela en verso, larga y

complicada, rica en aventuras caballerescas, desarrolladas en Córdoba muchas de ellas, en la que nuestro Duque pintó con su palabra las costumbres del siglo X, de la época del Califato. Has que te expliquen, aunque sea brevemente, el argumento de *El Moro Expósito* y que te muestren alguna estampa de las que suelen ilustrar ese libro.



Una estampa de las que ilustran «El Moro Expósito»

Si la persona que te informa conoce los lugares cordobeses, acaso te lleve a la calle de las Cabezas y te repita ante una casa de majestuosa fachada, una leyenda interesante, que, aprendida por Saavedra en los días de su niñez, le dió luego tema para su célebre romance.

Y, cuando trates de saber cual fué la mejor obra entre las que Don Angel destinó al Teatro, aprenderás que fué su drama titulado *Don Alvaro o la fuerza del sino*, el que ya en verso fácil y sonoro o ya en prosa llana y sencilla reproduce vivas realidades. Te enseñarán cuadros o dibujos que representan escenas o jornadas de este drama admirable; te describirán la figura imaginaria de *Don Alvaro* como la de un valiente caballero que ama y que sufre, y que por su mala estrella es la víctima de todas las desgracias: sucumbe a la fatalidad. Si alguna vez viajas hacia el pueblo de Hornachuelos, situado, como sabes, en nuestra provincia, en el camino de Sevilla, procura visitar el Convento de los Angeles, que está allí

cerca, en lo más fragoso de la Sierra, en lo más pintoresco del bellísimo paisaje que copia el río Bembezar. Nuestro Duque, fingió en su drama famoso que allí se desenvolvían las más trágicas escenas de la supuesta vida de ese *Don Alvaro*, que nunca existió, pero que, inventado por el poeta, ha valido a éste tanta gloria.

Cuando seas mayor, y otros estudios y conocimientos te hagan mirar estas cosas más detenidamente, sabrás en qué consistió el mérito de tu compatriota al componer esta obra dramática completamente distinta de las que hasta entonces se habían escrito y representado.

De otros versos de Saavedra, tal vez no tengas noticia. No es extraño. Su lira apenas ha tenido resonancia en el pueblo. Pero... ¿es que no has visto impreso, en el libro que como texto de lectura se utiliza en tu escuela, un romance hermosísimo que se titula *Un Castellano leal* y que comienza de este modo?:



Una jornada del «Don Alvaro»

«Hola, hidalgos y escuderos  
de mi alcurnia y mi blasón,  
Mirad como bien nacidos  
De mi sangre y casa en pró.  
Esas puertas se defiendan,  
Que no ha de entrar, vive Dios,  
Por ellas, quien no estuviere  
Más limpio que lo está el sol.

. . . . .

Pide si no que te copien este otro, muy conocido, que, por cierto, es de los primeros que el Duque compuso:

«En una yegua tordilla  
que atrás deja el pensamiento,  
entra en Córdoba gallardo  
Atarfe el moro guerrero,  
el que las moriscas lunas  
llevó glorioso a Toledo  
y torna con mil cautivos  
y cargado de trofeos.»

.....

.....

Si te aficionas a la lectura de los poemas del Duque, y no dispones de libros que los contengan, acude a las Bibliotecas públicas. Pide sus obras completas y repasa el índice de cada tomo. Entre las Leyendas encontrarás unas sugestivas, de puro sabor español, que cuentan episodios o sucesidos de la vida de Don Pedro el Cruel o de la de Don Alvaro de Luna, personajes que te son tan conocidos por las historias de España. Te deleitarán otras sabrosas páginas que cantan victorias de nuestra patria, como las de Pavía, Arapiles, o Bailén.—Verás qué interesantes te parecen algunos de los asuntos que desenvuelve, sobre todo aquellos cuando alude a Córdoba con fervor de hijo, describe sus costumbres o pinta a lo vivo acontecimientos que aquí tuvieron lugar. Tal, la estancia de Colón en nuestra ciudad, preparando su glorioso viaje.

Y cuando te cerciores de que Don Angel fué poeta excelentísimo, procura descubrir otras fases de su talento. Lo admirarás orador y prosista, y hallarás en un tomo trabajos suyos de historias y de recuerdos de viajes, y piezas oratorias que el pronunció.

A la postre, habrás de proclamar que este caballero

español, llenó un siglo de la Historia nacional; que fué uno de los cordobeses por quienes Córdoba ha triunfado ante España.

En el portal de la Casa-Ayuntamiento, de ese edificio que todo vecino debiera conocer y visitar, por ser suyo, hallarás, muchacho, una hermosa estatua, una gran figura labrada en bronce.

Si antes de ahora no la viste, acude hoy mismo a contemplarla con detenimiento. Hazte acompañar de tu padre o de tu hermano mayor o de alguna otra persona de tu familia. Pide en todo caso a tu Maestro, que te lleve hasta aquel lugar, o ve por fin tu solo.



...hallarás una hermosa estatua...



Detente ante ella.

La ha trabajado uno de los escultores más inspirados de nuestro tiempo; un artista famoso: Mariano Benlliure, por encargo de los Señores que componen el Concejo.

¿Ves la figura?

Representa a un hombre alto, esbelto, garboso. Mira con qué gracia, con cuánta elegancia ostenta, colgada de su hombro, la airosa capa española.

Observa su vestimenta, a la usanza de los caballeros de hace un siglo. Fíjate bien en la actitud gentil y en la noble fisonomía que caracterizan ese retrato del Duque. En su mirada serena pudiera leerse el quebranto y la amargura de una larga y forzada ausencia de su Patria. Parece que declama los versos que antes ha compuesto y escrito en las hojas de papel que sostiene en la diestra mano.

Ya verás cuánta belleza ofrece en su conjunto el costoso monumento que Córdoba—representada por su Ayuntamiento—le dedica y que ahora mismo se está emplazando en el centro de los jardines nuevos, delante de la pérgola o galería de columnas que luego ha de cubrirse de enredaderas y que también en estos días se construye en el Campo de la Victoria para tapar la fea silueta de los Pabellones militares.

En lo alto de una gradinata, sobre recio pedestal de granito pulimentado, verás enseguida alzarse la figura del preclaro ingenio. A sus pies, en dos grandes escudos, hallarás esculpidas las armas de la Ciudad y las de la Casa ducal de Rivas. Ellas proclaman del poeta prócer su abolengo cordobés y la nobleza de su sangre.

A los costados del sólido basamento verás colocar dos alegorías, hechas en bronce también, de sus principales

obras literarias, y, todo ello enlazado, unido y decorado por unas guirnaldas de laureles, igualmente trabajadas en metales que nunca se destruyan.

De aquí a dos meses, cuando el monumento quede concluido, acaso te llamen a ti y a los demás niños de Córdoba, para que, vestido de gala y haciendo fiesta de aquel día, asistas a la inauguración, y aun para que lleves tu ofrenda de flores al poeta.

Prepárate para ese gratísimo suceso. De aquí a entonces, debes haber buscado, leído y releído versos del Maestro inimitable del romance debes conocer fechas y detalles de su vida larga y ajetreada, y admirar una de las pinturas que su mano trazó, y que en Córdoba se conserva. Y, sobre todo, debes proponerte imitar a quien por hechos buenos adquirió fama justa, y sentir por tu Córdoba, por tu madre-ciudad, el amor que sintió el Duque-Poeta cuando en sus versos la cantaba con emotiva ternura.



...una de las pinturas que su manó trazó...

Reverencia la estatua de don Angel de Saavedra. Piensa cuando la veas que se ha construido en bronce y que descansa sobre dura piedra para que persista años y siglos, y no sólo tú la disfrutes, sino que la contemplen y la admiren tus descendientes, y todos ahora y mañana

y siempre sepan que hubo un noble cordobés, apasionado por su Patria, perfecto hombre de bien, soldado valiente y político de azarosa existencia, que componiendo piezas de teatro e inventando versos sublimes y armoniosos, triunfó para siempre.

